

Historias de la literatura y educación literaria

Leonardo Romero Tobar | Universidad de Zaragoza

La complejidad propia de los textos literarios y, en consecuencia, de su inclusión en la noción más abstracta de literatura ha suscitado en todos los tiempos múltiples reacciones exegéticas, entre ellas no es la de menor calado su presencia en el proceso de la educación, ya se entienda ésta como el estado instructivo del aprendizaje en los ignaros de materias específicas o como el modo de apropiación personal de determinadas prácticas sociales y valores morales.

Palabras clave: *educación literaria, historias de literatura, literatura, historias.*

The inherent complexity of literary texts, and their subsequent inclusion in a more abstract notion of literature has given rise through time to many interpretative reactions. This has also happened in the Education and upbringing process, whether it is understood in the instruction sense of several specific subjects or as an acquisition process for some social practices and moral values.

Keywords: *literary education, histories of literature, literature, stories.*

Literatura y educación se titulaba precisamente un libro de 1974 en el que treinta y dos políticos, autores literarios y profesores respondían a la encuesta de Fernando Lázaro Carreter sobre las relaciones de ambas manifestaciones culturales. Las inevitables reformas de los planes educativos españoles, de singular importancia el plan que emergía en aquella fecha, y la tensión dialéctica entre la institución pedagógica y la creación literaria eran los dos puntos de referencia en la mayor parte de las respuestas que el propio Lázaro Carreter resumía en un aserto que enunciaba la razón más

poderosa para estrechar el lazo entre literatura y educación y para cuya eficacia se cifraba como imprescindible emplear “las disciplinas literarias para insertar lúcida y críticamente a los jóvenes ciudadanos en el mundo que les ha tocado en suerte, el cual hace y hará todo lo posible por homogeneizarlos, por convertirlos en consumidores sin alma” (Lázaro, 1974:331-332). A aquel argumento añadiríamos hoy que la inteligente integración de la literatura en la educación también serviría para liberar a los estudiantes de una dependencia irracional de las redes internáuticas. Yo fui uno

de los encuestados en 1974 y, desde aquellos años en los que ejercía como profesor de Bachillerato, he ido publicando distintos trabajos eruditos o interpretativos sobre el asunto que reuní en un libro de 2006 –*La literatura en su historia*– al que han seguido otros escritos míos y, especialmente, las valiosas colaboraciones de profesionales conocedores y preocupados por estas cuestiones que se pueden leer en los volúmenes de varios autores editados por mí en 2004 y 2008.

Sin tener que hacer un enojoso repaso de las prácticas que a lo largo de la Historia han marcado las relaciones entre la *literatura* y la *educación*, solamente deben recordarse los dos niveles en los que éstas se han producido: 1) el plano colectivo promovido en el ámbito de instituciones (Academias, centros escolares, entidades culturales y recreativas) y 2) el plano individual de las conversaciones orales o escritas de personas particulares (piénsese, por ejemplo, en el papel que han tenido las “cartas literarias”). En la *paideia* de griegos y romanos convivían el nivel del grupo escolar –recuérdense las celebradas escuelas de Sócrates en Grecia y de Quintiliano en Roma– y el de los receptores individuales del adiestramiento literario (los Pisones a los que escribía Horacio) para el traspaso de las enseñanzas que servían al más correcto y eficaz empleo de la lengua –la Retórica– así como la estructuración de los contenidos y configuraciones compositivas –la Poética–; y tanto la Retórica como la Poética se hablaba de textos que debían ser *imitados* y textos dignos del rechazo imitativo. Estas disciplinas del Humanismo clásico han tenido vigencia a lo largo de los siglos y, en una versión jibarizada, perviven en los estandarizados “comentarios de texto” de

nuestras aulas escolares y a las invitaciones hacia la redacción personal y creativa en los llamados “talleres de escritura”. “Qui me délivrera des Grecs et des Romains?” se preguntaba el poeta francés Joseph de Berchoux (1765-1839) en una divulgada sátira literaria salida de su pluma.

Según corrían los tiempos, la perduración de los modelos educativos implicados en la Retórica y en la Poética iban precisando de un complemento informativo sobre los autores y las obras que se habían ido produciendo en los géneros literarios más tipificados (literatura épica, lírica, dramática, prosa narrativa de ficciones o de hechos reales). Y para facilitar la noticia sobre este crecimiento se fueron fabricando repertorios bio-bibliográficos bajo el título de *Biblioteca* o de *Catálogo*, que en su ordenación alfabética o cronológica daban cuenta de los escritores que habían cultivado la creación artística y de los textos que podrían ser consultados en algún depósito. Los ilustrados dieciochescos fueron singularmente productivos en la producción de estos instrumentos informativos cuya perspectiva cronológica adelantó la línea más visible de los trabajos que empezaban a titularse *Historia de la literatura* y que como tal sintagma aparecería por primera vez en 1659, según mis noticias, como título de una pretendida historia universal escrita por el autor alemán Peter Lambeck, *Prodromus Historiae Literariae*.

Educación lingüística, esquematización teórica de los géneros literarios y ordenación de las noticias de vida y obra de autores deben ser considerados los preámbulos multiseculares de la Historia literaria, cuyas manifestaciones sistematizadas aparecen durante el siglo XVIII. En el caso español la primera fue la elaborada por

el malagueño Luis José Velázquez que en 1754 haría públicos sus *Orígenes de la poesía castellana* (ver la monografía de Rodríguez Ayllón, 2010). Este libro se debe a las discusiones de los miembros de la madrileña Academia del Buen Gusto (activa entre 1749 y 1751 con Luzán, Montiano, Nasarre y Juan de Iriarte como figuras relevantes) y la idea central de su concepción historiográfica era la de establecer la evolución de la poesía castellana desde su momento de perfección en el siglo XVI –para lo que Velázquez empleó el rótulo de “Siglo de Oro”– hasta su decadencia en el siglo XVII, decadencia de la que la poesía castellana se estaba recuperando en el tiempo en el que escribía su obra gracias a los estímulos de los académicos citados y de otros poetas del siglo XVIII.

El principio de periodización histórica que aporta Velázquez –en el que destaca su incompreensión de lo que más tarde habría de llamarse “literatura barroca”– recibió otra fundamentación teórica en la perspectiva intelectual del imprescindible Melchor Gaspar de Jovellanos, quien en su *Discurso* de abril de 1797 ante el Real Instituto Asturiano de Náutica y Mineralogía –otra empresa que él había organizado– habló “Sobre la necesidad de unir el estudio de la literatura y el de las ciencias”, para defender la conveniencia educativa de la enseñanza conjunta de Ciencia y Literatura en estos términos:

¿Y a quién os parece que se deberá esta victoria sino al arte de bien hablar? No lo dudéis: el dominio de las ciencias se ejerce sólo sobre la razón; todas hablan con ella, con el corazón ninguna; porque a la razón toca el asenso y a la voluntad el albedrío. Aun parece que el

corazón, como celoso de su independencia, se revela alguna vez contra la fuerza del raciocinio y no quiere ser rendido ni sojuzgado sino por el sentimiento. Ved, pues, aquí el más alto oficio de la literatura, a quien fue dado el arte poderoso de atraer y mover corazones, de encenderlos, de encantarlos y sujetarlos a su imperio.

El cimiento emocional que Jovellanos vincula a la literatura es el reflejo de la importancia de las sensaciones corporales que los ilustrados del XVIII habían rescatado para la explicar las reacciones más profundas de los seres humanos y su reflejo en la comunicación social y en las creaciones del Arte. Emocionalismo, pues, y ordenación diacrónica de los textos literarios son las líneas de fuerza que la visión de los ilustrados establecieron en los fundamentos de la Historia literario. Pero tales aportaciones no hubieran sido suficientes sin la luz que la reflexión teórica de los pensadores germanos de la Ilustración fueron añadiendo (Lessing, Herder, Goethe, Kant, Schiller, los más jóvenes hermanos Schlegel, por modo fundamental) y la inquietud viajera y experimental de escritores de lengua inglesa como Wordsworth, Coleridge, Byron, Shelley, Keats y otros muchos. La reelaboración de ideas clave en el que sería el movimiento romántico¹ y las troquelaciones de estas intuiciones en textos literarios –recuérdese el papel estimulante que representó el movimiento conocido bajo el marbete *Sturm und Drang* (Tempestad e Ímpetu)– establecieron el sólido subsuelo sobre el que se construirían las Historias de las literaturas del siglo XIX. Empresa esta a la que hay que

¹ Valgan como resumen muy abreviado de estas ideas clave: la imaginación creadora, la ironía, la libertad, la poesía “natural” frente a la poesía “artística”, la tensión del misterio religioso y la concepción de que cada etapa histórica tiene su naturaleza propia.

sumar el descubrimiento que los europeos occidentales hicieron de las literaturas escritas en lenguas orientales y de las versiones medievales de antiguos textos de lenguas europeas transmitidos en versiones orales o en copias manuscritas.

Emocionalismo, visión diacrónica del pasado, libre espíritu de creación, orientalismo y recuperación de la época intermedia entre los grecolatinos y el Renacimiento de las Humanidades aportado por los artistas de los finales de la Edad Media son los componentes esenciales en la irradiación de las variadas perspectivas introducidas a finales del XVIII cuya proyección se fue haciendo manifiesta en las distintas lenguas de la Europa occidental², entre las que la literatura española no fue la menos fecunda (Romero Tobar, 2006:109-145).

Los aportes educativos de las primeras historias de la literatura

El papel histórico que representó la Francia del paso del siglo XVIII al XIX tuvo un efecto intelectual en la construcción sistematizada de las Historias literarias de la lengua propia³ que sirvió modelos teóricos y prácticos para las que se escribieron en el curso del siglo XIX dedicadas a las literaturas de otras lenguas. En el caso de la literatura española las primeras obras de este carácter fueron elaboradas por autores no españoles para quienes la creación escrita en castellano o español (se empleaban ambas

denominaciones indistintamente) era un eficaz contrapunto a la presión ejercida por la presión de la política cultural francesa.

La moderna idea de “nation” en la que la Revolución iniciada en 1789 ejerció una influencia imprescindible pasó a establecer el último estrato en la construcción de la moderna Historia literaria, tanto en el plano de la ideología política como en el de la identificación de los grupos que se consideraban genuinamente auténticos frente a los “otros” que se les enfrentaban. Las guerras napoleónicas y la resistencia anti-francesa generalizada en toda Europa y, singularmente en España, vino a sumarse a los componentes teóricos antes descritos para llegar al punto de la instauración de lo que se concibió como “Literatura nacional”, tarea en la que los autores alemanes representaron un papel protagonista en su ideación de la literatura española, dadas sus valoraciones de la literatura medieval –épica medieval y romancero anónimo– y de la literatura del Siglo de Oro en que Cervantes, el teatro del XVII y Calderón de la Barca constituían los pilares imprescindibles. En esta estimación germana de la cultura popular y las tradiciones orientales, caballerescas y cristianas se fundamentó la positiva visión de la historia literaria expresada en español. Aquí cabe recordar el pasaje quijotesco en el que Sancho Panza encuentra a su vecino Ricote disfrazado de peregrino alemán que le dice: “Español y tudesqui, tuto uno; bon

² Gran Bretaña a partir de su permanente culto shakespeareano, a la recogida efectuada por Thomas Percy de las *Reliques of Ancient English Poetry* (1765) y a la invención del falso poeta gaélico Ossian. Y con algunos años de retraso, los escritores italianos del periódico milanés *Il Conciliatore* (1818-1819) o la divulgación de la renovadora cultura germana que efectuó Mme. de Staël en obras suyas como *De la littérature considérée dans ses rapports avec les institutions sociales* (1800) y el muy difundido y polémico ensayo *De l'Allemagne* (1810-1814).

³ Luc Fraisse (2002) ha estudiado con precisión y aportación de datos inéditos lo que fue la base teórica en el edificio historiográfico francés construido por Gustave Lanson (1857-1934) y algunos antecedentes suyos como Saint-René Taillandier. Luc Fraisse había recogido el año 2001 una amplia contribución de especialistas galos dedicada a la exposición de los métodos y resultados a los que ha llegado la historiografía literaria sobre los textos literarios de la lengua oficial del país vecino.

compañó". Y Sancho responde: "¡Bon compañero, jura Di! (*Quijote*, 2ª parte, cap. LIV):

El superpuesto oleaje de todos estos estímulos fue llegando a la España de principios del siglo XIX presentándose en una primera fase como propuestas contenidas en polémicas, ensayos y discursos académicos en que algunos autores de Andalucía tuvieron una presencia influyente. Este es el caso del matrimonio Böhl von Faber asentado en Cádiz y protagonista del episodio que se conoció como la "polémica calderoniana" y del sevillano Alberto Lista, el Ortega y Gasset decimonónico de quienes serían discípulos los más característicos escritores románticos. Lista precisamente leería en la Real Academia de la Historia en 1828 un "Discurso sobre la importancia de nuestra Historia literaria"⁴ y a este mismo escritor puede atribuirse un artículo que comentaba en la *Gaceta de Sevilla* (2, abril, 1812) otro que el parisino *Moniteur Universal* había dedicado a la literatura española donde puede leerse:

Nada más a propósito para conocer el espíritu de una nación que la historia de su literatura. El gusto de lo bello existe sin duda en todos los hombres, pero el modo de sentirlo y, mucho más, de expresarlo varía según los países y los individuos. Como los escritores se describen comúnmente a sí mismos en sus composiciones, cada país tiene una fisonomía literaria que le es característica, modificada por el idioma, por las costumbres nacionales y por las comunicaciones más o menos extensas, más o menos frecuentes, que haya tenido aquel país con sus vecinos.

La primera Historia literaria compuesta por un español fue el *Manual de literatura. Segunda parte. Resumen histórico de la literatura española* (1844) de Antonio Gil y Zárate y cuya primera parte estaba destinada a la *Poética (y) Retórica*. A esta obra siguieron los 2.035 diferentes volúmenes que Fermín de los Reyes (2010) ha catalogado para los años comprendidos entre 1845 y 1936, entre los que se incluyen también antologías de textos y catálogos de autores. En este conjunto de textos están los manuales escolares que se emplearon en los centros educativos para la enseñanza de la literatura, y a ellos habría que añadir los muchos más que se editaron en España a partir de la guerra civil en dependencia de los planes de estudios que los sucesivos gobiernos del país fueron dictando; para estos episodios deben verse los libros de G. Núñez Ruiz (1994) y del mismo autor junto con Mar Campos F.-Figares (2005). La última Historia que ha aparecido en el mercado librero, entre los años 2010 y 2013 en nueve volúmenes, va más lejos de las inmediatas aplicaciones pedagógicas dependientes de las instrucciones educativas oficiales y también de la sujeción a una tendencia teórica determinante; su director José-Carlos Mainer explicaba la polivalente colaboración de los autores de esta obra colectiva señalando que "el estudio de la literatura es pluriforme y esto a hace un objeto esencialmente histórico".

⁴ Obsérvese que el "Discurso" es del mismo año del texto que Agustín Durán publicó en Madrid para subrayar la vigencia estimulante del teatro clásico español en la escritura dramática de su momento y que se titula "Sobre el influjo de la crítica en la decadencia del teatro español".

La aplicación educativa de las historias literarias

La obra de Gil y Zárate antes señalada fue el resultado de la reforma del plan de estudios oficial que estaba vigente en España y que planteó el gobierno Pidal en 1854. Gil y Zárate era el en aquel momento Director General de Instrucción Pública y su obra puede considerarse como la versión comercial y política de un planteamiento educativo que se debía aplicar a los estudiantes españoles. Muchas reformas oficiales que han seguido han generado la producción de material escolar cuyos autores y empresas editoriales podían estar también cercanos a las instancias oficiales; un episodio ejemplar de la influencia que los distintos poderes han ejercido a la hora de fabricar Historias literarias es el caso de una obra colectiva que se planteaba como la más completa puesta al día de la materia y de la que sólo se publicaron cuatro volúmenes dedicados a los siglos XVIII y XIX entre los años 1995-1998. Pero dejando de lado el externo condicionamiento económico-político pueden señalarse como rasgos caracterizadores de la enseñanza literaria que ofrecían los manuales convencionales los puntos siguientes.

1. La conversión del estudio literario en un recitado de nombres, títulos y abreviaturas críticas que convertían a los escolares en meros recitadores de una información asimilada de forma mecánica. Esta perversión de la educación auténticamente literaria se subordinaba a un repertorio cronológico en el que primaban conceptos establecidos para la Historia general –“Edad Media”, “Renacimiento”, “Ilustración”, “época Moderna”...– sobre los que superponía la cita de acontecimientos políticos

o militares que trababan el discurso del sucederse histórico.

Una matización a este procedimiento enmarcador se produjo al aplicar a la Historia literaria nociones surgidas en el taller de los hechos artísticos –es el caso de los movimiento “Romántico”, “Realista-Naturalista”, “Vanguardismo”...– o, con mayor implicación en el hacer de la escritura particularizada, los marbetes de “grupo” o “generación”. Se sumaba, en fin, a estas prácticas educativas el añadido de las posibles “fuentes” que, con seguridad objetiva o ejerciendo la asociación libre de ideas, sustentaban la obra general o el conjunto de textos que se comentaban en su proceso diacrónico. Estos planteamientos no podían evitar la influencia de los “genios” individuales cuya escritura había fecundado la actividad de las sucesivas generaciones. El Padre Blanco García explicaba esta dialéctica en página introductoria a su *Historia de la Literatura Española en el siglo XIX* (1891):

las grandes manifestaciones artísticas encarnadas en colosos como Shakespeare, Calderón y Goethe, suponen casi siempre el período de preparación en que interviene una muchedumbre oscura y numerosa, al modo que en las transformaciones del suelo y en la fabricación de las islas madreporicas se consume la actividad lenta y colectiva de infinitos pólipos (vol. I, p.XII).

La analogía con la naturaleza que efectuaba el venerable agustino no es otra cosa que el eco que la ideología que el *positivismo* cientifista había impregnado al pensamiento general del siglo XIX y, en particular, la concepción de los estudios humanísticos. Ideología que sustenta monografías y libros generales de Historia literaria desde la segunda mitad del siglo XIX

hasta bien entrado el siglo XX. Marcelino Menéndez Pelayo, tanto en su obra escrita como en su actividad docente e iniciativas editoriales, fue una excepción a estas estrechuras metodológicas patentes en la mayoría de los libros de índole histórico-literaria y su correspondiente traducción a la práctica educativa.

2. Los estudios especializados y los escritos generales de Menéndez Pelayo sobre Historia Literaria sirven el repertorio más fecundo que traspasó la historiografía del XIX al siglo XX, aunque su aterrizaje bien establecido en propuestas pedagógicas fuera poco visibles. Con todo, su concepción abierta de lo que debe ser la lectura de los textos generó una escuela de especialistas y la manipulada difusión de una lectura nacionalista y reaccionaria que muchos profesores y críticos incorporaron a su obra durante la primera mitad del siglo XX como una huella menendezpelayista. A pesar de ello, puede decirse que la mejor respuesta didáctica a los aportes de Menéndez Pelayo se compendia en la *Historia de la Literatura Española* que el año 1937 publicó Ángel Valbuena Prat, obra que tuvo numerosas ediciones posteriores y que ha sido objeto de una valoración sintética por parte de estudiosos de ahora mismo (González Ramírez y otros, 2012)⁵ que han subrayado la originalidad de muchas ideas del autor y el gran esfuerzo que había hecho por formular múltiples correspondencias entre los textos literarios y las creaciones estéticas de las otras Bellas Artes (música, pintura, cine de modo especial).

Simplificando mucho la tradición académica que ha marcado la proyección educativa de la Historia literaria española durante el siglo XX podría decirse que los polos que la caracterizan se personalizan 1) en la investigación rigurosa traducida a esquemas de clara ordenación y 2) la lectura sugerente de carácter asociativo propia de la crítica periodística volcada en el estímulo de las masas de lectores. Dicotomía comprensiva que pueden representar las páginas de Larra frente a las de Gil de Zárate, la amplia y densa obra erudita de Menéndez Pelayo *versus* las muchas páginas combativas de Leopoldo Alas "Clarín", la reconstrucción sistemática del pasado literario efectuada por Ramón Menéndez Pidal y la vivaz atención a la escritura del momento de Enrique Díez Canedo. Polaridades que, más tarde, llegaron a unificar en su propia obra autores de la segunda mitad del XX como Guillermo Díaz-Plaja, José Manuel Blecuca, Antonio Prieto, o Francisco Rico.

Ahora bien, la cronología, las fuentes, los hechos históricos y los accidentes biográficos de los autores, la ideología nacionalista o positivista no son los únicos puntos de referencia que debe tener una educación literaria amplia y enriquecedora, ya que las varias escuelas lingüísticas modernas con sus orientaciones de crítica literaria han enriquecido de forma muy sugestiva las aplicaciones educativas de la visión diacrónica del arte de la palabra.

3. Inscrita en la venerable tradición retórica que clasificaba lo que en los viejos tratados oratorios se solía llamar la "rueda de los estilos", a principios del siglo

⁵ Las sugestivas lecturas personales de la mayoría de los textos que comenta y su porosidad asociativa con las otras bellas artes hacen de la *Historia* de Valbuena Prat una imprescindible fuente de información para los educadores que pretendan dar a su enseñanza literaria un perfil estimulante.

XX surgió una tendencia de base idealista (fundada en W. von Humboldt y Benedetto Croce) que en español ha sido conocida como “Estilística”. Los maestros que aplicaron esta tendencia al análisis de textos hispanos –Karl Vossler, Leo Spitzer, Amado Alonso, Dámaso Alonso, Alonso Zamora Vicente y muchos otros- consideraban las peculiaridades expresivas de los textos en cuyas marcas formales resonaban los estados afectivos y auto-referenciales del escritor del texto analizado. Los brillantes análisis que los principales cultivadores de la Estilística se fueron recogiendo en páginas de Historias literarias en las que se valoraba sintéticamente el acierto artístico de determinadas obras o escritores. Con todo, una versión errónea de esta práctica ha sido el ejercicio del rígido “comentario de textos” en el que sólo se busca el repertorio de recursos lingüísticos equivalentes a las “figuras de dicción” y “pensamiento” de la vieja Retórica, una técnica de “cuentahílos” sobre la que ironizaba Dámaso Alonso.

4. Las variadas orientaciones experimentadas en los estudios literarios de las distintas tradiciones lingüísticas han reobrado sobre la teoría y práctica de la historiografía literaria. Una breve exposición de estas diferentes orientaciones ocuparía numerosas páginas por lo que me limito a englobarlas bajo el marbete que, muy generalizado en la crítica francesa, se ha conocido como la “Nouvelle Critique”. En estas nuevas tendencias de los estudios literarios han marcado una fuerte influencia teórica escuelas de pensamiento como el idealismo, el marxismo, la sociología empírica, los llamados estudios culturales y estudios de género y, por descontado queda, el traslado a la educación literaria de técnicas de análisis y métodos de trabajo propios de las

direcciones citadas. Determinadas Historias literarias han sido tributarias de estas orientaciones que se señalaban, a veces, como un término explicativo en el título de la obra (“Historia social de la literatura”, por ejemplo).

5. En los últimos tiempos se han abierto camino Historias de la literatura situadas en un marco geográfico determinado –Andalucía, Aragón, Castilla y León...- en las que se iba aplicando el modelo básico de los libros dedicados al estudio evolutivo de la literatura española. Mayor complejidad revisten las Historias centradas en las otras lenguas peninsulares en las que muy frecuentemente sus cultivadores, siendo bilingües, han escrito en su lengua primera –catalán, gallego, eusquera- y también en castellano. Ya Blanco García en el siglo XIX dedicó el tercer volumen de su obra a estas tradiciones histórico-literarias a las que añadió la hispanoamericana de tan rico calado antes y después de la emancipación de las colonias. E, incluso, entre los escritores portugueses y brasileños también se ha producido un fecundo diálogo entre las lenguas y culturas lusa e hispana, vistas muchas veces en su aproximación o en su alejamiento (AA. VV., 2013). Yo he hablado en otro lugar de extraterritorialidad y multilingüismo en la compleja naturaleza de lo literario para la que la expresión lingüística y la pertenencia del escritor a un grupo identitario no cierran el horizonte significativo de sus obras (Romero Tobar, 2006:37-51). El enfoque que traen estas nuevas orientaciones de amplio alcance responde, sin duda, a los presupuestos de la Literatura Comparada que, como disciplina académica, ha tenido y tiene respetada acogida en muchos centros universitarios de distintos países.

La visión extra-nacional y políglota de los textos artísticos fundamenta un entendimiento de las Historias literarias en la que el diálogo del lector con los textos y el de estos entre unos y otros –la “inter-textualidad”– abren un ilimitado campo de enriquecimiento y disfrute. Y, en último término, qué puede decirse de la traducción al español de textos escritos en otras lenguas y que, en casos ejemplares, han servido de viva recreación del texto original. Esta visión abierta de la Historia literaria se manifiesta como de muy difícil aplicación en obras de carácter sintético y general como suelen ser las Historias literarias, pero, con toda seguridad, proporciona la más valiosa

vía de educación que la literatura ofrece. Claudio Guillén, el maestro español cuya penetración de informado teórico y lector perspicaz sigue plenamente vigente, sintetizaba esta visión cuando escribía:

La literatura puede considerarse como a la vez un nivel de la realidad y un proceso creativo, continuamente reanudado por el encuentro del lector y del escritor con una pluralidad de conceptos. La impersonalidad queda de tal suerte excluida. El proceso de la literatura –en su existencia y supervivencia– pide la intervención del individuo entero, crítico incluso insumiso y desobedientes, frente a las normas prevalecientes (C. Guillén, 1985:428).

Referencias bibliográficas⁶

- AA. VV. (1974). *Literatura y educación*, encuesta realizada por Fernando Lázaro Carreter, Madrid: Castalia.
- AA. VV. (2001). *L'histoire littéraire. Ses methodes et ses résultats. Mélanges offerts à Madeleine Bertaud*, Luc Fraisse (ed.), Genève: Droz.
- AA. VV. (2004). *Historia literaria / Historia de la literatura*, Leonardo Romero Tobar (ed.), Zaragoza: PUZ.
- AA. VV. (2008). *Literatura y nación. La emergencia de las literaturas nacionales*, Leonardo Romero Tobar (ed.), Zaragoza: PUZ.
- AA. VV. (2012). *Lienzos en la escritura, sinfonías del recuerdo. El magisterio de Ángel Valbuena Prat*, David González Ramírez (ed.), Málaga: Universidad.
- AA. VV. (2013). *Looking at Iberia. A Comparative European Perspective*, S. Pérez Isasi y Â Fernandez (eds.), Lisboa University.
- FRAISSE, L. (2002). *Les fondements de l'Histoire littéraire. De Saint-René Taillandier à Lanson*, Paris: Honore Champion.
- GUILLÉN, C. (1971). *Literature as System. Essays towards the Theory of Literary History*, Princeton: Princeton University Press.
- GUILLÉN, C. (1985). *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada*, Barcelona: Crítica.
- NÚÑEZ RUIZ, G. (1994). *Educación y literatura. Nacimiento y crisis del moderno sistema escolar*, Almería: Zéjel.
- NÚÑEZ RUIZ, G. Y CAMPOS FERNÁNDEZ-FÍGARES, M. (2005). *Cómo nos enseñaron a leer. Manuales de Literatura en España (1850-1960)*, prólogo de Juan Carlos Rodríguez, Madrid, Akal.
- REYES GÓMEZ, F. (2010). *Las historias literarias españolas. Repertorio bibliográfico (1754-1936)*, Zaragoza: PUZ.

⁶ Los libros aquí citados son sólo un brevísimo compendio actualizado que puede resultar útil para la puesta al día del lector en los puntos tratados en este artículo.

- RODRÍGUEZ AYLLÓN, J. A. (2010). *Un hito en el nacimiento de la Historia de la literatura española: los "Orígenes de la poesía castellana" (1754) de Luis José Velázquez*, Málaga: Uni Caja.
- ROMERO TOBAR, L. (2006). *La literatura en su historia*, Madrid: Arco-Libro.